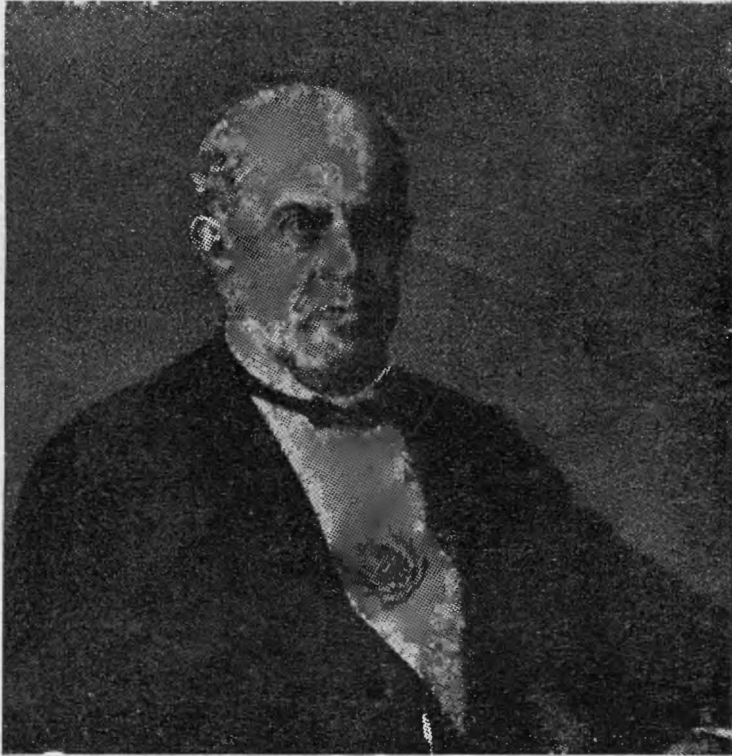


150
CAMARAS LEGISLATIVAS DE LA REPUBLICA DOMINICANA

JUAN BAUTISTA LAMARCHE
MIEMBRO DE LA COMISION PERMANENTE DE RELACIONES
EXTERIORES DE LA CAMARA DE DIPUTADOS



S A R M I E N T O
y el americanismo integral

JUAN BAUTISTA LAMARCHE
MIEMBRO DE LA COMISION PERMANENTE DE RELACIONES
EXTERIORES DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

S A R M I E N T O

Y EL

A M E R I C A N I S M O I N T E G R A L

•

Discurso pronunciado en la solemne sesión conjunta
celebrada por el Senado y la Cámara de Diputados con
motivo del Día Panamericano.- 14 de abril de 1950

•

POL HERMANOS, C. POR A.
CIUDAD TRUJILLO, R. D.

1 9 5 0

Gobernar es educar

Domingo Faustino Sarmiento

Corría el año de 1811 cuando nació a la vida de la inmortalidad un predestinado de la historia que legó a la América su nombre como un símbolo de la grandeza que lo animaba. Ese hombre se llamó Domingo Faustino Sarmiento y fué el abanderado de un ideal: el que inspiró a San Martín cruzar, a lomo de caballo, los agrios picos de los Andes, en una mitológica cabalgata que contemplaron los siglos asustados, bajo la espectación de las estrellas, entre un vértigo de abismos y de cráteres. Un ideal máximo. El ideal de la regeneración y del progreso. El ideal del honor y de la dignidad humana, engrandecida y divinizada en la cruz de todos los martirios y en el ara de todas las inmolaciones: el ideal de la libertad.

Fué un héroe. Fué un prócer. Y fué un santo. Héroe del pensamiento. Prócer del civismo. Santo de la generosidad. Espíritu abierto a todos los caminos del bien. Cruzado de la redención política y social. Apóstol de la enseñanza. Que en él se fundieron, completándose, los más bellos contrastes. Por eso tuvo algo de mar y algo de montaña. Algo de océano y algo de pampa. En la hondura de las ideas y en la reciedumbre de la voluntad. Hecho como estaba para escalar todas las cumbres y resistir todas las tempestades, pues,

como dice uno de sus biógrafos, "los azares de su vida violenta le anticiparon carne de estatua".

He ahí el niño de quien habla Bienvenida, su hermana, en documento patéticamente revelador, al referirse a sus primeros años, describiéndolo en sus rasgos más íntimos, en sus características más impresionantes, con esa dualidad psicológica que hubo de singularizarlo, porque él fué toda la vida, si recio para la lucha, blando a la piedad y mostró siempre un absoluto desapego de los intereses materiales, a tal extremo que su madre se cree obligada a advertirle: "pero, hijo, si así vas, cuando seas viejo saldrás con la alforja al hombro a pedir limosna". A lo que él contesta sin vacilar: "No se aflija, señora, a nadie le falta Dios en la vida", expresión que es síntesis, puede decirse, de su credo moral y de su sentido humanitario.

Ignora el egoísmo. Se sacrifica siempre por los demás. De simple acólito, los dos reales que le da su tío, el Obispo, por ayudarlo en la misa, los entrega cabalmente a su madre. Empleado de comercio, es casi íntegro para su familia el producto de su trabajo. Gobernador de la Provincia de San Juan, despójase un día del capote que lo resguarda y asiste, enfermo, con un tiempo lluvioso y azotado por el frío, a una parada militar. Tiene ese candor infantil propio de las almas superiores, esa chispa de cielo de que el poeta nos habla, ese impulso avasallador que arrastra al genio al cumplimiento de su destino, ese complejo biológico que hace de un hombre el arquetipo de una raza. "El gaucho de la República de las letras", lo llama Menéndez Pelayo. Ricardo Rojas lo compara con los héroes homéricos, colocándolo a la altura de un semidios. Unamuno afirma que habla de España como un español, refiriéndose a sus críticas implacables, con el buído humorismo que caracteriza al sabio profesor de Salamanca. Gregorio Bermann dice que forjó un universo y

pide a las jóvenes generaciones, “a los hijos de su espíritu y de su sangre, reanudar y remozar su obra grandiosa en estos tiempos trascendentales”. Waldo Frank lo define significando que “Sarmiento encarna la promesa espiritual y compleja de su pueblo”. Carlos García Prada considera su personalidad como una de las más ricas de Iberoamérica. “Intuitivo, amoroso, mesiánico, rígido, arbitrario, soberbio e independiente, el formidable sanjuanino —que llevaba en sus venas sangre de indio **huarpe** y de conquistadores ibéricos— podría considerarse como el paradigma de una raza nueva, orientada hacia una meta de cultura preterista y futuradora, clásica en las formas y romántica en su elación humana”. Según Medardo Vitier, Sarmiento diseminó en sus escritos “ideas vivas que conservan su poder de incitación. Son como lucesitas que las nuevas corrientes doctrinales no apagan”. En opinión de José Iturrriaga “desconcierta y cautiva por su mezcla de brillantez y pasión, tumulto y contradicción que se advierte en su ideario”. Enrique Anderson Imbert sostiene que “fué hombre de acción, pero tan locuaz que sus escritos, siendo siempre actos políticos, tienen un peculiar tono biográfico”. Y Pedro Troncoso Sánchez, en un magistral estudio del patriarca argentino, lo llama “especímen ilustre que levanta con vigor su ejemplo, como un ombú gigantesco y solitario”. He ahí al proto-americanista, al hombre universal, cuya figura, en vez de esfumarse en lo infinito del tiempo y del espacio, atrae sobre ella la atención y el interés del mundo contemporáneo.

Y es que los creadores no mueren nunca. Su influencia, inmaterial y recóndita, los mantiene vivos y latentes en el espíritu de todas las generaciones, como esos monumentos donde se perpetúa la historia, que al correr de los días se ennoblecen y agigantan cada vez más y más.

Sarmiento tuvo, desde muy temprano, la intuición de su designio misional. A los 16 años de edad funda una pequeña escuelita en un apartado rincón provinciano. Su padre tomó parte en la batalla de Chacabuco y quizás le dejó como herencia su orgullo militar. Ostentaba su madre austeridad y pureza de matrona romana. Autodidacta, por falta de recursos pecuniarios, se educó a sí mismo y adquirió, a fuerza de tesón y perseverancia, una cultura formidable, aunque irregular y desordenada. "Mi vida —expresa— ha sido una lucha continua desde la infancia". Y añade: "la mitad del tiempo la he perdido en trabajos tan improductivos como inevitables". La fe, la confianza en sí mismo, es lo que a veces lo salva, si el peligro lo amenaza, como en aquel trance "en que la soldadesca gaucha del comandante Espinosa quiere aterrarlo con el simulacro de un asesinato". Pero él no conoce el miedo. Y, mozo aún, se enfrenta a la tiranía y combate a muerte al tirano. Es irreductible. "El Zonda", primer periódico que creó en 1839, tuvo por único objeto fustigar al régimen dictatorial imperante. Sus enemigos le persiguen, lo acosan. Se ve obligado a salir de su tierra natal. Va a Chile. Allí abre un humilde establecimiento de educación primaria. Es empleado de comercio en Valparaíso y administrador de unas minas en Copiapó. Aprovecha el tiempo que le dejan libres sus ocupaciones en estudiar e ilustrarse. Retorna a la Argentina en 1836, pobre, enfermo y "casi desconocido para sus conciudadanos". Pero transcurridos tres años vuelve a Chile. Postula la candidatura de Manuel Montt para la presidencia de la República. Toma parte en las luchas partidaristas. Funda "El Nacional". Su carácter violento le granjea antagonismos y enemistades. Quiere volver a la Argentina. La tierra lo llama. Pero el desastre de las tropas del General Lamadrid en Ciénega del Medio lo hace desistir de su proyecto. Y en Chile de nuevo publica sus primeros libros: una Cartilla y

un Tratado de Ortografía, así como “El Monitor de las Escuelas”, periódico dedicado a los asuntos de la enseñanza. Luego, en 1842, establece la primera escuela normal, creando también “El progreso” y “El Heraldo Argentino”, para defender en suelo extraño la razón de su causa.

He ahí al político batallador e infatigable, que pronuncia discursos jacobinos, escribe panfletos incendiarios, no le teme al puñal esgrimido en las sombras de la emboscada, y sustenta, lleno de profético ardor, la nueva doctrina social, compartiendo con sus amigos, Manuel Quiroga Rosas, Aberastaín, Indalecio Cortíñez, Benjamín Villafañe y otros más, las labores revolucionarias que van tomando cuerpo y difundiéndose con creciente entusiasmo. Desde Europa llegan los ecos de agudas clarinadas. En la Soborna, en el Museo, en el Colegio de Francia, pontifican Couchy, Dulong, Blainville, Cousin, Guizot, Leclerc, Biot, Ampère, Silvestre de Sacy, Couvier, Abel Remusat, para no citar sino algunos nombres de entre los que dirijen en aquella hora el movimiento filosófico de Francia. El romanticismo literario y la política social se ensamblan. Y Lermnier, Pedro Lerroux y Saint Beuve son los ídolos del momento. Saint Simón, Comte, Fourier, el propio Lerroux y Raynaud, crean la escuela sansimoniana, cuyo influjo se hace sentir, de manera notoria, en las juventudes combatientes del Plata y de los Estados Orientales. Estaban Echeverría y Juan Bautista Alberdi, en la Argentina, como Lastarría, en Chile, fueron los principales impulsores de las nuevas ideas en el Continente sudamericano. El espíritu de la reforma fué pasando de generación en generación, es decir, de Moreno a Rivadavia y de éste a los integrantes del grupo que celebraba sus reuniones literarias en la trastienda del bibliófilo don Marcos Sastre y que formó, a semejanza de la Joven Italia, fundada por Mazzini, una sociedad

secreta denominada la Joven Argentina, que funcionaba clandestinamente como las logias de carbonarios establecidas en Francia.. En ese grupo son figuras descolantes, Echeverría, poeta y filósofo; Alberdi, sociólogo; Angel Fidel López y Bartolomé Mitre, historiadores; Juan M. Gutiérrez, crítico, y Faustino Domingo Sarmiento, educador. Rosas encarna la restauración del régimen colonial. El clero lo apoya y el conservadurismo histórico lo respalda. Dos corrientes ideológicas opuestas chocan continuamente: el liberalismo y la reacción. Sarmiento pertenece a las izquierdas, ya que, indómito por indiosinracia, siente aversión instintiva hacia el elemento reaccionario. De ahí sus aparentes antiespañolismo y anticlericalismo, que no son, en el fondo, sino manifestaciones de un espíritu rebelde movido por el ansia de la libertad, o lo que es lo mismo, contrario a toda tutela, pues él mantendrá siempre, por encima de todo, su americanismo "autóctono y salvaje", aún después de conocer a Europa y de haber europeizado, como todos, desde el punto de vista intelectual. En su naturaleza parece estar la concreción de todas las fuerzas vírgenes americanas. De ahí ese ímpetu que hay en él de caudaloso río que se desborda y rompe todos los cauces, mostrándose en ocasiones como numen elemental, sabiéndose germen de la nueva civilización e índice de la nueva cultura que se están estratificando.

Por eso cuando en el año 1845 va por primera vez a los Estados Unidos queda deslumbrado ante el espectáculo que contempla y sus ideas experimentan una transformación radical. Es que ha hallado por fin lo que tanto anhelaba. La fusión del idealismo constructivo y de la objetividad práctica. Un pueblo joven y fuerte con consciencia política definida. Una sociedad bien organizada. En la carta que dirige a Valentín Al-

sina le dice: “Salgo de Estados Unidos triste, pensativo, complacido y abismado. Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista y frustra la expectación pugnando contra las ideas recibidas y no obstante, ese disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre. Para aprender a contemplar a los Estados Unidos es preciso antes educar el propio juicio, disimulando sus aparentes faltas orgánicas, a fin de pareciarlo en su propia índole, no sin riesgo de vencida la primera extrañeza, apasionarse por él, hallarlo bello, y reclamar un nuevo criterio de las cosas humanas”. Cuando va por segunda vez a ese país, en el 1865, veinte años más tarde, confirma cuanto había pensado y dicho acerca de la gran democracia norteamericana. La estudia a fondo, para conocer los fenómenos que entraña. Y el investigador, el pensador, el educador, se ponen de manifiesto en sus claros y profundos análisis. No hay más que leer “Las escuelas, base de la prosperidad de la República en los Estados Unidos” y “Vida de Abraham Lincoln”, publicadas en el 1867, así como su revista “Ambas Américas”, del mismo año, para captar el acierto de sus afirmaciones y la exactitud con que supo juzgar, fuera de todo prejuicio, a ese país, hoy el más poderoso de la tierra, que dió al mundo un Lincoln, un Washington, un Jefferson, un Franklin, un Adams, un Hamilton.

Es, Sarmiento, como se ve, el lazo de unión entre ambas porciones del Hemisferio Occidental. Fué el primero que, obrando como lo hizo, esto es, sirviendo de puente entre ambos mundos, el latino y el sajón, abrió senda expedita al ideal panamericano. Su labor, en este sentido, no tiene precedentes. Nadie antes que él se había lanzado a una empresa de esa clase. Debemos reconocerlo y proclamarlo en esta fecha memorable, sin olvidar que supo anticiparse a los aconteci-

mientos y leer en el futuro con la clarividencia que le era peculiar.

Su carrera política lo llevó, a la caída de Rosas, desde las curules parlamentarias hasta la Primera Magistratura del Estado. Gobernador Provincial, Diputado, Senador, Director de Instrucción Pública, Ministro, Diplomático, Presidente de la República, en 1868, lo fué todo en su patria, donde la admiración y la gratitud de su pueblo han eternizado su nombre en la épica musculatura del bronce y en la carne estremecida del mármol lapidario.

Ahí está el acervo de sus libros maravillosos especialmente aquellos que podríamos llamar orgánicos como "Facundo", su obra, epopeya de una nación, que le valió renombre y popularidad; "Recuerdos de Provincia"; "De la educación popular"; "Argirópolis"; "Conflictos y armonías de las razas en América"; "Las Carpas"; "La Vida de Dominguito", amén de los antes citados, en fin, su vastísima producción intelectual, que abarca unos cincuenta y dos volúmenes en totalidad. Ahí está el inmenso caudal de ideas que ofreció al mundo, y en las cuales se reflejan el político, el sociólogo, el reformador, el escritor, el periodista, sobre todo, porque el periodismo fué uno de sus dos ejes centrales, y en todas estas facetas luminosas, como en unidad purísima y radiante, se ve al soberbio luchador, fruto de su ambiente, hijo de su estirpe, que, a la manera del Cid, desde el fondo de su tumba sigue ganando batallas.

Soldado ilustre, puede hombrearse con San Martín en la vocación del sacrificio, en el imperativo del deber, en la concepción amplia y generosa de un mismo ideal, aún cuando tuvieron muy distintas personalidades, pues lo que en uno es calma, en el otro es impetuosidad; lo que en uno es nieve, en el otro es fue-

go; lo que en uno es ala, en el otro es garra. Mas, se confunden y proyectan en un mismo plano, como en un vértice donde se unen los anhelos redentoristas del héroe y las fulgurantes admoniciones del prócer en trance de libertad. Débeles la Argentina el mayor bien de su historia: la estructuración deológica de una democracia respetuosa del derecho, amante de la justicia, excenta de ambiciones hegemónicas, sostenedora del orden y amiga de la paz.

He ahí la obra de la redención. Lo que el vencedor de Maipó y Chacabuco vió flotar como un celaje en el misterio de las noches del Sur, cuando asaetado por el frío y por el hambre, a la cabeza de su ejército espectral, que parecía la homérica representación de una tragedia clásica, pasó sobre el delirio de las cumbres y entre la estruendosa ovación de los vientos palmo-teantes, cabalgando hacia la gloria, como el eterno Quijote de la raza. La obra de la redención. La que ensangrentó con los relápagos de la epopeya el filo tajante de su sable. La obra sacrosanta de la inmolación y del martirio, que iluminó sus nostalgias de proscrito, mientras recorría en unión de su hija los jardines de su quinta de Boulogne-sur-Mer, acariciado por el perfume de las rosas de Francia. La que a su muerte, el 17 de agosto de 1850, convertida en resplandeciente sudario, brilló sobre la carne perecedera de su cuerpo, envolviéndolo en los fulgores de la inmortalidad.

He ahí la obra de la redención. La que nimbó con reflejos apoteósicos las frentes de Bolívar y de Washington. La que vibró en la garganta de los clarines anunciadores de la victoria, desde las empinadas crestas de las Montañas Rocosas hasta los abruptos picachos de la cordillera volcánica. Obra del heroísmo. Obra de la proceridad. Obra que en nuestra América integral, sin discriminaciones retardatarias, tuvo la llamante combustión de una hoguera, al rasgar las som-

bras del pasado, para arder permanentemente en la antorcha de la estatua gigantesca que desde la bahía de Nueva York lanza sobre el mundo el haz ecuménico de sus rayos divinales.

Saludemos, en este Día de las Américas, a los continuadores en el presente de la obra que se inició en el pasado y que nunca habrá de terminarse, porque es la obra, sin tiempo ni medida, de la redención humana. La que realiza Trujillo en nuestro país y Perón en la República del Plata. Este, forjando un nuevo destino. Aquel, creando una nueva nacionalidad. Haciendo ambos suyo el credo americanista que San Martín sintentizó en cinco palabras: "Toda América es mi Patria". El credo que llevó a Trujillo a llamar a la concordia para resolver el conflicto del Chaco. A levantar su voz, ganosa de horizontes, caldeado por el fuego órbico de una América fraterna y solidaria, en la Conferencia de Consolidación de la Paz, reunida en Buenos Aires. A servir la causa del panamericanismo, en todo momento y desde todos los ángulos. A mantener respeto inalterable para las normas del derecho escrito y perenne culto al honor de la palabra empeñada. A resistir la agresión, repeliéndola con indómita virilidad, pero sin excederse en el uso de la fuerza que el destino ha puesto en sus manos. A ser, en fin, desde las alturas del Poder, el realizador de un ideario cívico y de una fórmula política que se compendian en la histórica frase del máximo adalid de la enseñanza en el Continente: GOBERNAR ES EDUCAR.

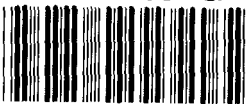
Así es cómo la labor de Sarmiento, en vez de interrumpirse con su muerte, sigue desarrollándose, aquí y allá, que en la hermosa sencillez de ese principio consagrado; GOBERNAR ES EDUCAR, está el quid de la obra estructural que la América necesita para que desaparezcan todos sus vicios de conformación orgá-

nica. Para hacer de ella un mundo nuevo, libre de los estigmas de odio, de la crueldad y de la barbarie.

¡Por tu magnífico desinterés, por tu apostolado civilizador, por la grandeza de tu causa, por la magnitud y trascendencia de tu obra, oh Sarmiento, vuela tu nombre en alas de la fama! ¡Fiel a tus principios hasta morir, pediste que te amortajasen cuatro banderas, la argentina, la chilena, la paraguaya y la uruguaya, para caer en brazos de la fraternidad americana! ¡Y sobre tu tumba, intrépido visionario del ideal, se proyecta, como un símbolo de redención, la sombra augusta del Cristo de la Paz, que corona, tallado en piedra viva, el ciclópeo altar de los Andes!

14 de abril del 1950.

BIBLIOTECA A G N



034916

